

MODERNIZACIÓN Y SECULARIZACIÓN. LA CIUDAD DE MÉXICO EN EL PORFIRIATO (1876-1911)

Nora Pérez-Rayón*

La secularización definida como un proceso de separación de las distintas esferas de la vida social, el predominio de la racionalidad, el alejamiento de preocupaciones espirituales y la privatización de lo religioso es un proceso que acompaña a la modernización, si bien no es unilineal y asume características específicas según los tiempos y espacios históricos.¹ La sociedad mexicana del siglo XIX tiene una cultura católica muy sólida y arraigada; pero a su lado se va conformando una cultura secular y laica con sus propias modalidades. Es la Ciudad de México el mejor espejo de los avances en el proceso de secularización, puesto que en el porfiriato refuerza su poder de centro político administrativo del país y se convierte en el corazón y la vanguardia de la modernidad.

* Departamento de Sociología, UAM-A.

¹ Ver conjunto de artículos del libro de Jean Pierre Bastien (coord.) *La modernité religieuse en perspective comparée*, Kharthala, Paris, 2001.

La construcción de un nuevo modelo cultural responde a la evidencia de que el anterior, llámese tradicional o de antiguo régimen es insuficiente, y tanto la sociedad como el Estado perciben la necesidad de paliar la desadaptación frente a los procesos de cambio que se dan en las esferas de la economía y la tecnología, buscando nuevos referentes para el comportamiento, que a su vez estimulen la modernización de la sociedad. Ello incluye la conservación y refuncionalización de la tradición, la apropiación de modelos extranjeros y desde luego la configuración de modelos normativos propios.²

Las elites en el poder durante el porfiriato no fueron la excepción y deliberadamente impulsaron sus ideales y valores, así

² Cfr., Francois Xavier Guerra "La Revolución Mexicana en una perspectiva secular: las mutaciones del liberalismo", en Leticia Reyna y Elisa Serván (Coords.), *Las mutaciones del liberalismo. México: historias de fin de siglo*, CONACULTA-INAH Taurus, México, 2001.

como promovieron sus intereses por todos los medios a su alcance. Un sistema político autoritario y excluyente, comprometido con un proyecto de modernización e integración a la economía mundial proyectaba una imagen de éxito y progreso a nivel nacional e internacional.

Categorías como modernización exigen precisiones. México se esta modernizando desde la época de los borbones en el siglo XVIII. La modernización porfirista tuvo modalidades específicas derivadas de su impulso desde arriba y desde afuera, y donde el peso de la tradición y la experiencia colonial, y dentro de ella de la religión es muy fuerte. Modernización hacia 1900 se entendía referida principalmente a las esferas económica, científica y tecnológica (ferrocarriles, electricidad, producción, mercados, finanzas públicas saludables, inversión extranjera). Modernidad significaba la promoción del criterio de racionalidad como eje de la acción individualista frente a concepciones providencialistas. De ahí que el gobierno porfirista se caracterizaría por su acción legislativa en los campos de la actividad económica tales como: la banca, la minería y el comercio.³

Pero también implicaba el desarrollo de marcos normativos que orientaran y homogeneizaran comportamientos en otras áreas: familia, educación, salud, higiene, moral social, ética laboral, que en conjunto fueran forjando una nueva cosmovisión. La conformación de una identidad nacional y la integración al mundo de los países civilizados fue un constante desideratum. El camino al progreso y la felicidad no estarían

³ Ver conjunto de artículos de Claudia Agostoni y Elisa Speckmann (editoras) *Modernidad, tradición y alteridad. La Ciudad de México en el cambio de siglo (XIX-XX)*, UNAM, México, 2001.

más en la fe y la oración, sino en la ciencia y la tecnología, el trabajo, la acumulación de bienes materiales, la planificación y desde luego el orden.

Junto con el desarrollo de tendencias seculares, se advertía la fuerte pervivencia de la mentalidad y las tradiciones de corte religioso. La Iglesia católica, quedó muy debilitada en términos económicos y políticos como resultado de las guerras entre liberales y conservadores de mediados del siglo XIX y de la Constitución de 1857 y las leyes de Reforma (separación Iglesia-Estado, libertad de cultos, prohibición a la Iglesia de tener propiedades que no fueran para fines religiosos, prohibición de votos religiosos, no autorización de manifestaciones de culto fuera de los templos, matrimonio civil, secularización de los cementerios). Porfirio Díaz interesado en una política de alianzas con viejos y nuevos actores políticos que posibilitaran la estabilidad y el orden, implemento una política de conciliación con las autoridades eclesiásticas, política que redundó en beneficios para ambas partes. Se mantuvo la separación Iglesia-Estado y la vigencia de una legislación liberal avanzada o radical para su época⁴ pero en la práctica su cumplimiento estuvo sujeto a una actitud sumamente relajada y discrecional de las autoridades federales, estatales o locales en sintonía con el Ejecutivo.

La Iglesia efectuó en el porfiriato una verdadera reconquista: reforma interior, reorganización administrativa, mejor formación de sacerdotes cada vez más numerosos, progresos en la prensa católica. (de 1600 sacerdotes se había pasado a 5 000, se contaba

⁴ Si la comparamos con la de otros países (por ejemplo Francia que hasta 1905 legalizó la separación Estado-Iglesia).

con 29 arzobispos, obispos y prelados en vez de 4; funcionaban 17 seminarios, numerosos colegios, misiones, congregaciones; y se celebraban cultos solemnísimos como la Coronación de la Virgen de Guadalupe en 1895. Al mismo tiempo los movimientos de acción cívica y social vinculados al clero y al laicado católico dieron muestras de su activismo, particularmente a medida que los planteamientos de la Encíclica *Rerum Novarum* de León XIII de 1891 inyectaba nuevas perspectivas a la acción social de la Iglesia.⁵ La inmensa mayoría de la población siguió siendo católica y normando su convivencia, sus costumbres y su moral dentro de esa cosmovisión.

Pero ello no niega el avance significativo de la secularización que acompañó al proyecto modernizador del porfirato. El proceso de secularización a lo largo de este período puede ser abordado por diversos caminos. En este trabajo nos limitaremos a tres aspectos. El primero tiene que ver con la conformación de un espacio urbano secular; es decir el modelo en que se quería convertir a la ciudad, con que fines y con que resultados. El segundo se relaciona con los medios de transmisión del discurso

⁵ Del espíritu antimoderno del *Syllabus* y *Quanta Cura* de la década de 1860, se pasa en 1891 a la Encíclica *Rerum Novarum* que inspiró e impulsó, a principios de siglo XX, los congresos y semanas agrícolas donde un sector del mundo católico debate problemas de carácter socioeconómico: pobreza, ignorancia, enfermedad. Hacia fines del régimen porfirista se aprecia el ascenso del catolicismo social y político frente al catolicismo liberal que había dominado el escenario durante la mayor parte de los años de la política de conciliación entre el régimen de Díaz y la Iglesia católica. Ver Jorge Adame *El pensamiento político y social de los católicos mexicanos (1867-1914)*, UNAM, México, 1981 y Manuel Ceballos, *El catolicismo social: un tercero en discordia*. El Colegio de México, México, 1991.

secular: la educación formal, la prensa y los rituales cívicos; y un tercero contempla para terminar las nuevas formas de sociabilidad que asumieron al anticlericalismo como una de sus posiciones identitarias. En las tres partes nos interesaron los valores y modelos éticos que promovían.

1. CONFIGURACIÓN DE UN ESPACIO Y UN TIEMPO SECULAR

La fisonomía de la ciudad había venido cambiando a partir de la aplicación de las leyes de desamortización y nacionalización de los bienes del clero que afectaron directamente a la Iglesia católica la mayor propietaria de bienes urbanos de la capital. La venta de propiedades clericales y de corporaciones civiles cambió la organización del espacio ya que en las grandes manzanas ocupadas por conventos, se abrieron calles y avenidas. Se destinaron algunas construcciones a usos públicos, por ejemplo, el ejército fue instalado en cuarteles, algunos de ellos en antiguas construcciones clericales y se fraccionaron algunos terrenos como la huerta del Convento del Carmen y la huerta y el potrero del Colegio de San Fernando para formar nuevas colonias. Se ampliaron y prolongaron avenidas como Reforma, Bucareli y Chapultepec. Se elevó el valor de las zonas conventuales y se intensificó el uso del suelo. Por otra parte los inquilinos se vieron afectados por anularse la política de rentas bajas y tolerancia mantenida por la iglesia.⁶

⁶ Ma. Dolores Morales "La expansión de la Ciudad de México en el siglo XIX. El caso de los fraccionamientos", en A. Moreno Toscano et. Al, *Investigaciones sobre la historia de México I*, INAH, México, 1974, p. 402.

Entre 1858 y 1910 la población capitalina aumentó 2.3 veces su número, pasando de 200 000 a 471 000 habitantes, a causa del crecimiento natural y la inmigración. La urbanización de zonas periféricas por el crecimiento industrial, los servicios públicos y las colonias es de gran magnitud: la superficie urbana aumenta 4.7 veces su tamaño en 52 años, de 8.5 km.2 a 40.5 (entre 1858 y 1910).⁷

La estabilidad política, el crecimiento económico y la centralización del poder y la economía en la capital incentivaron hacia finales del siglo XIX tanto la inversión pública como la privada. Proliferaron por doquier nuevas construcciones y se diversificó el uso del suelo en la zona centro. Las crónicas de la prensa lo atestiguan: "La vieja ciudad de los palacios se transforma a gran prisa... La orgullosa sultana reclinada en las laderas del valle se desprende una por una de sus viejas galas, símbolo de una época sepultada ya en las tinieblas del olvido, y se atavía con las modernas joyas que la civilización europea le brinda".⁸

¿Cuál era el modelo ideal de ciudad adonde enfocaban su imaginario? No hay duda París. Hacia 1900 París contaba con dos millones y medio de habitantes, unas cinco veces la Ciudad de México. Destacaba por su planeada urbanización con anchas avenidas, plazas y jardines, y un alumbrado público que la bautizó como la "ciudad Luz", que en conjunto realizaba la belleza histórica de sus edificios y monumentos. Teatros, restaurantes, cafés, espectáculos al aire libre, museos, exposiciones, conciertos y

operas, librerías y una esplendorosa vida nocturna con numerosos bares y cabarets eran los escenarios de la vida cotidiana parisina. Ocasionalmente grandes exposiciones internacionales como las de 1889 y 1900 constituían focos adicionales de atracción. Encrucijada cosmopolita de artistas e intelectuales de toda Europa, en vida cultural París sólo rivalizaba con Viena, capital del Imperio Austrohúngaro.

Las elites políticas, económicas, sociales y culturales de América Latina soñaban con ir a París a estudiar, a pasear, a divertirse, a hacer negocios, a convivir con la aristocracia europea, a compenetrarse con las vanguardias artísticas y literarias, a vivir la vida de la bohemia y más. Ninguna ciudad del mundo concentraba tantos atractivos durante la llamada "belle époque".⁹

Amado Nervo advertía sobre París a su juicio capital y cerebro del mundo: "Saliendo de México, todo es Cuautitlán. Saliendo de París todo es México"¹⁰ y el poeta recomendaba irónicamente a los padres de familia, no enviar a sus vástago a París por inútil, nocivo y costoso. París decía, pone su sello y México no puede ni de lejos competir con tanta belleza"... ni la Europa culta entró en ellos, ni ellos trajeron de esa Europa otra cosa que gérmenes de profundo hastío por todo lo que no es París, y desprecio para todo lo que es México..."¹¹

⁹ Además París era considerada la capital de ese movimiento cultural conocido como "la *decadance*". Ver Michel Winock, *La belle époque. La France de 1900 a 1914*, Perrin, Paris, 2002 y Eugen Weber, *France fin de siècle*, Cambridge Mass. and London, Belknap Press, 1986.

¹⁰ Carlos Monsivais *Yo te bendigo vida. Amado Nervo: crónica de vida y obra*, Rayuela, México, 2003, p. 51.

¹¹ *Ibidem* p. 50.

⁷ Elena Segurajauregui *Arquitectura porfirista. La colonia Juárez*, UAM, México, 1990, p. 37.

⁸ "Ignotus", "Crónica de la Semana", *El País*, 9 de julio de 1900.

Para los poetas de fines del siglo XIX y principios del XX París era lo gloriosamente distinto. Su apego a la modernidad nos dice Monsivais, no era tanto al avance del progreso, sino a la liberación del yugo de la moral tradicionalista. Las exigencias de la secularización presuponian el fin del silencio en torno al sexo, el juego de alternativas religiosas y las conductas libres hasta el límite de la permisividad de la imaginación.¹²

Pero no sólo los poetas soñaban con París. La ciudad de México hacia el último cuarto del siglo XIX era el corazón político, administrativo, económico y cultural del país. Desde la capital de la república el presidente Porfirio Díaz se fue convirtiendo en el símbolo y la encarnación de la autoridad, del orden y del progreso,¹³ y la ciudad misma se perfilaba como el modelo de la modernización y la civilización para todo el país. Y la élite gobernante pretendía, anhelaba, y proyectaba una capital mexicana que se pareciese todo lo posible a París.¹⁴

México soñaba en el último cuarto del siglo XIX, con la haussmanización (Haussman dirigió la reforma urbana de París). Un plano de la ciudad de México, elaborado por Emilio Dondé, proyectaba sobre el espacio geométrico de la antigua traza grandes diagonales en forma de estrella, alrededor de nuevas plazas, cortando el co-

razón del tejido barroco para unirlo con las nuevas colonias residenciales. La haussmanización sería cosmética, más que urbanística. Se eleva la altura de los viejos inmuebles y la de los recién construidos, se traza la Avenida 5 de Mayo, que desemboca en el nuevo espacio arquitectónico situado a la entrada occidental de la antigua ciudad colonial, donde se desarrolla la obra urbana la última década del porfiriato.¹⁵ Se construyen nuevos edificios públicos para la administración en base a construcciones monumentales: el edificio de Correos, el Ministerio de Comunicaciones, el Gran Teatro Nacional, y los futuros Palacio de las Bellas Artes al costado de la gran alameda central y el Palacio Legislativo. Aparecen los grandes almacenes comerciales con capital francés como El Palacio de Hierro, El Centro Mercantil, Las Fábricas de Francia, la Gran Sedería. El mediano y gran comercio se localiza en las calles principales y se construyen grandes edificios de almacenes y joyerías.¹⁶

Se multiplican hoteles, oficinas nacionales y extranjeras, bancos, se da un intenso movimiento comercial y financiero, teatros y centros de reunión, cafés, casinos, clubes sociales (Jockey Club, Casino Francés, Nacional, Americano y Español). También aumenta la demanda de servicios como desague, drenaje y agua potable, pavimentación y electrificación. Se expandieron servicios públicos como el rastro, el correo, escuelas, hospitales, centros recreativos y parques. El gobierno se hace cargo de obras asistenciales que había monopolizado la Iglesia católica y construye hospitales y un

¹² *Ibidem*, pp. 67-68.

¹³ Ver Paul Garner, *Porfirio Díaz. Del héroe al dictador, una biografía política*, Planeta, México, 2003.

¹⁴ Ver Julieta Ortiz Gaitán, "La Ciudad de México durante el porfiriato: el París de América", en Javier Pérez-Siller y Chantal Cramaussel (Coords) *México Francia: Memoria de una sensibilidad común, Siglos XIX-XX*, BUAP-El Colegio de Michoacán, México, 2004, pp. 179-198 y Federico Fernandez "Lectura de una geometría de la sensibilidad. Urbanismo francés y mexicano de los siglos XVIII y XIX" en J. Pérez Sillery C. Cramaussel, *op. cit.*, pp. 133-158.

¹⁵ Annik Lemperiere, *La belle époque en la Ciudad de México* en *Artes de México*, Artes de México y el Mundo, No 43, México, pp. 40-45.

¹⁶ A. Lemperiere *op. cit.* p. 44.

moderno manicomio. Se construye una cárcel concebida bajo parámetros arquitectónicos vanguardistas (panóptico) y con una ideología "científica" distinta a la concepción cristiana del pecado.

En cuanto a los estilos arquitectónicos se tomaban como escuelas a Europa y a los Estados Unidos. No solo la teoría, sino incluso se importaban en ocasiones los arquitectos y los materiales. En otras ocasiones se encargaban los proyectos y las obras a famosos arquitectos educados en París como Antonio Rivas Mercado. El eclecticismo era la tendencia dominante y se combinaban todos los estilos: gótico, renacentista, neoclásico...

En términos de uso del suelo las actividades fueron segregándose por sectores: industria, comercio, administración y habitación. La población se distribuyó en diferentes zonas de acuerdo con su poder adquisitivo. Al noreste y norte el proletariado, los estratos medios se concentraron en la parte oeste y noroeste, la burguesía se estableció al suroeste de la ciudad. Se acentuó la demanda habitacional que condujo a la especulación con tierras agrícolas suburbanas convirtiéndolas en fraccionamientos.¹⁷

La seducción de las capitales-metrópolis que concentraban población, riqueza, poder, talento y placeres de todo tipo permeaba el imaginario social decimonónico occidental. El contraste entre la capital y el resto del país, predominantemente rural, es grande, y si bien en proceso gradual de urbanización, las ciudades provincianas no competían con la modernidad capitalina. En el imaginario provinciano venir a la capital solía ser deslumbrante y los capitalinos "modernos" de estratos medios y altos

¹⁷ E. Segurajauregui *op. cit.*, p. 37.

veían con cierto desprecio y aire de superioridad a esos provincianos "mal vestidos" que no hablaban correctamente, ni conocían la civilidad y veían desde arriba a esos indios que al aumentar "la leperada" afeaban la ciudad.

Sin embargo a diferencia de la reforma urbana europea considerada como un asunto de reforma social y seguridad interna o resultado de un cambio demográfico, en México esta misma reforma fue concebida más como un asunto de expansión de la frontera de la ciudad ideal frente a la realidad circundante identificada con el caos, el atraso y la tradición.¹⁸ En la realidad coexistían dos ciudades en una, como ilustra la descripción de un arquitecto hacia 1906:

Entre el México oriental y occidental hay una diferencia marcadísima; aquel vetusto, triste, angosto, a menudo tortuoso y siempre sucio... y casas insignificantes de adobe, donde se albergan gentes miserables; éste por su parte, moderno, alegre, amplio, trazado a cordel, limpio, con calles cuidadosamente pavimentadas, parques frondosos, jardines y alamedas... residencias confortables, elegantes, algunas del peor gusto pero ciertamente costosas, aseadas, importantes, y que llevan el sello indiscutible de influencia moderna.¹⁹

La estética se convirtió en una preocupación central de la oligarquía porfirista, una estética definida a partir de nuevos cánones del gusto. Lo que se identifica como moderno es lo bello, lo higiénico y lo salu-

¹⁸ Mauricio Tenorio "1910 *Mexico City. Space and nation in the city of the Centenario*", en Beezley y Loret (Eds.) *op. cit.*, p. 175.

¹⁹ *Idem.*

dable. Los vicios como el alcohol, el juego, la prostitución, la pereza son condenados con nuevos argumentos provenientes del mundo de las ciencias y son otras las virtudes ahora privilegiadas: el trabajo, la higiene, el deporte, el ahorro, la sobriedad, no particularmente para agrandar a Dios sino para integrarse a la modernidad y al progreso. La colonia y lo español se identificaba con el atraso y la pasividad así como con la omnipresencia de lo religioso en los espacios de la vida cotidiana donde el transeúnte se tropezaba con el templo, el convento, el fraile y la procesión del Santísimo y no escapaba al rutinario toque de campanas de las múltiples torres de la capital.

El Estado porfirista destinaba a paseos y “obras de embellecimiento” una cantidad que en 1901 era de 14 720 400 pesos (el 21 % del presupuesto municipal). Presupuesto que se invertía principalmente en el arreglo de la zona oeste: la Alameda, el Paseo de la Reforma, el de Bucareli y en especial el Bosque de Chapultepec. Se reforzaba así, la idea, novedosa entonces, de la importancia de que el hombre estuviera en contacto con la naturaleza, por lo cual los parques asumen un papel importante en el esparcimiento.²⁰ Se multiplican además las residencias campestres de las cuales subsisten hoy magníficos ejemplos en la zona de Tacubaya.

La Reforma Liberal dio nombre a una gran avenida: Paseo de la Reforma, herencia de Maximiliano concluida en el porfiriato sobre el modelo de los Campos Elíseos, con glorietas, paseos laterales y grandes residencias. Las avenidas Reforma y Bucareli así como la Alameda y Chapultepec, mantuvieron junto con su función básica, una simbólica. Eran los paseos de moda, los puntos de reunión de la vida elegante.

²⁰ Cfr., Elena Segurajuregui *op. cit.*, p. 40.

La estatuaria alejada de los temas religiosos dio cuenta de la creciente secularización de la sociedad en la vida cotidiana. En la ciudad de México el monumento público alcanzó durante el porfirismo un auge sin precedente: las plazas, los jardines y los paseos se poblaron con esculturas en bronce que proliferaron en casi todas las ciudades del país. Resultado en parte también, de influencias parisinas ya que nunca como entre 1870 y 1914 se erigieron en París tal cantidad de estatuas dedicadas a políticos y sabios, pues todos los barrios querían tener las suyas.²¹

La escultura pública tiene la particular eficacia de reiterar cotidianamente su mensaje funcionando como la petrificación de la memoria colectiva, ejercen un impacto visual, transmiten una carga emotiva e ideológica. Entre sus funciones durante el porfirismo estaban contribuir a la difusión de la historia liberal y oficial con el supuesto de inmortalizar a los grandes hombres transformándolos en héroes y mitos, ejemplos a evocar; educar el gusto del pueblo inculcándole el amor por lo bello; insertarse en el movimiento artístico internacional adoptando sus códigos estéticos. La escultura asumía también un papel moderno y civilizador imbuido de una misión didáctica: inculcar nuevos valores ciudadanos y contribuir a la creación de un sentido de identidad nacional.²²

²¹ June Hargrove “Les statues de Paris «, en Pierre Nora (sous direction de), *Les lieux de memoire*, Vol. 1. La Nation, Paris, pp. 243-282. La autora comenta que tal era la demanda que se hicieron estatuas a personajes de méritos mediocres y de dudosa calidad estética.

²² Ver Patricia Pérez-Walters “Manía de estatuas: la escultura en el siglo XIX” en *Nuestra Historia*, La Gaceta CEHIPO; Nums. 50-51, agosto 2003; Barbara Tennenbaum “A streetwise history: The Paseo de la

Las estatuas fueron financiadas vía patrocinio gubernamental y la participación de la sociedad. La escultura paulatinamente abandonó el recinto cerrado de la Academia y salió a la calle. Su desarrollo fue gradual y se acelera hacia fines del XIX, favorecido también por la tecnología. La innovación de los métodos de fundición y moldaje en metal y yeso disminuyeron los costos de la estatuaria, facilitando así la producción en serie. Surge el artista empresario, por ejemplo, Jesús F. Contreras. (A fines del siglo XIX Contreras residía en París como comisionado especial de Bellas Artes para la Exposición Universal de 1900, donde obtuvo el Gran Premio de Escultura y la Cruz de la Legión de Honor).²³

La escultura como representación imaginaria de la identidad nacional, manifestó las contradicciones de su tiempo: una ambivalente actitud respecto al rescate del pasado prehispánico, instrumentado sistemáticamente por el régimen hasta 1898, y la paulatina adopción del afrancesamiento cosmopolitismo y la modernidad de fines del XIX. El Estado porfirista manejó sucesivamente estas dos políticas culturales manifiestas en las dos exposiciones universales de París. En 1889 México se lució con un Pabellón neo-azteca en 1889 y en 1900 con un edificio neo-greco.²⁴

Reforma and the porfirian state (1876-1910) en Beezley, French y Martin (Coords), *Rituals of rule, rituals of resistance, public celebrations and popular culture in Mexico*; y Verónica Zárate "El papel de la escultura conmemorativa en el proceso de construcción nacional y su reflejo en la ciudad de México en el siglo XIX" en *Historia Mexicana*, El Colegio de México, México, v. 53, núm. 2, 2003.

²³ P. Pérez Walters *op. cit.*

²⁴ Ver M. Tenorio *Artilugio de la nación moderna*, FCE, México, 1998.

En vez de efigies de santos y vírgenes, se multiplicaron estatuas y bustos de Hidalgo y Juárez. El Paseo de la Reforma consagró glorietas a Cuauhtémoc, a Colón y al Ángel de la Independencia; pero además se invitó a cada uno de los estados de la república a seleccionar dos próceres que representaran su contribución a la Reforma, para que presentes en esta gran avenida fueran testimonio del vínculo del centro con todas las entidades y simbólicamente con la capital. La escultura funeraria se alejó también de las representaciones religiosas y asumió valores civiles.

La estatuaria era considerada propiedad pública y la prensa publicaba notas sobre proyectos, inauguraciones y traslados. El público opinaba, se interesaba, presentaba quejas y denuncias.

Secularización y modernidad trajeron consigo una nueva concepción del tiempo. Un editorial sostenía en 1887: "Los hombres de nuestro siglo quieren estar al mismo tiempo en todas partes; verlo todo, oírlo todo, y gozar de todo en un instante. Casi lo han conseguido con los vapores, los ferrocarriles, los telégrafos...".²⁵ El sonido de las campanas de las iglesias se va perdiendo ante los ruidos múltiples producto de las transformaciones urbanas; los relojes públicos (un símbolo el reloj de Bucareli) y particulares se convierten en una necesidad para regular las exigencias de los nuevos tiempos con la exactitud exigida por los horarios de entrada a comercios y oficinas o por los tranvías y ferrocarriles. La Secretaría de Comunicaciones publica en 1900 un reglamento para los ferrocarriles eléctricos del DF en el que se dispone que los carros de tracción eléctrica caminaran al interior de la ciudad y de las otras pobla-

²⁵ *El Partido Liberal*, 2 de enero de 1887.

ciones que atraviesan con una velocidad que no excediera los veinte kilómetros por hora, y fuera de los poblados, a lo sumo, podrían duplicarla. Se advierte de la amenaza para el organismo humano de tales velocidades y los peligros de los peatones, sujetos a atropellamientos por tranvías, carros y autos en esta congestionada ciudad. La electricidad y en menor medida, las nuevas redes de teléfono y telégrafo, así como los tranvías eléctricos (1900) transforman la duración del día y la noche, haciendo más largos y seguros los primeros. Aparece un nuevo sentido del tiempo que implica aceleración y novedad. Por un lado la idea de que falta tiempo, de que hay prisa: asistir a la misa o al rosario entre semana se complica. Por otra parte el atractivo de la novedad, todos los días surgían cosas nuevas, inventos, novedades que a través de la publicidad, la prensa, los espectáculos se ponían al alcance de mayor número de gente.

La sociedad invierte su tiempo libre en pasear por la ciudad, caminarla o disfrutarla. No hay televisión, la vida sigue viviéndose en el exterior en vecindades o tertulias o paseos. Los cronistas nos han dejado recuerdos de la famosa calle de San Francisco, después Plateros, donde desfilaban elegantes carruajes con bellas y distinguidas damas que eran el deleite de los caballeros del Jockey Club. El exhibicionismo es socialmente importante. No sólo ser rico o bello sino mostrarlo en los espacios adecuados.

La difusión de imágenes de progreso es tan importante como el progreso mismo y el gobierno publicitó por todos los medios, su imagen de éxito ante propios y extraños. La fotografía, las tarjetas postales, la presencia en exposiciones internacionales en Estados Unidos y Europa, la prensa y las revistas, todo se utilizó para la promoción de la capital y la creación de una ima-

gen urbana mitificada. Así las élites presumieron su ciudad, es decir aquel sector de la ciudad donde vivían y circulaban y que era presumible, obviamente un sector urbano muy restringido.

Sin embargo circuló también otra visión de la gran ciudad. La imagen de perversión y corrupción asociada a la gran capital esta presente en la literatura y en la prensa vinculada con la tradición y la religiosidad católica. La novela nos ofrece imágenes de los falsos esplendores de la capital secular frente a la provincia tradicional y religiosa. Un buen ejemplo lo ofrece Rafael Delgado "Los parientes ricos" que se desarrolla entre la ciudad de México y Orizaba hacia fines del siglo XIX.²⁶

Para este autor la vida en la capital es vanidosa, despreocupada, frívola, llena de convencionalismos económicos, preocupada por la distinción, envidiosa, competitiva, falta de generosidad, irreligiosa y sin respeto por sus tradiciones, desnacionalizada por su cosmopolitanismo, víctimas de la opinión pública de sus pares. La ciudad ejerce un efecto perverso sobre sus habitantes, corrompe con sus tiendas y escaparates, con sus teatros y espectáculos. Efectos perversos que, a su juicio, han seducido incluso a los ministros de Dios.

Confronta al sacerdote metropolitano con el de Orizaba (Pluviosilla). Uno de los curas (italiano) capitalino es dulzarrón e hipócrita, se ocupa en comprar acciones de empresas prósperas y tranza con todas las convenciones sociales contra la devoción verdadera para congraciarse con la "aristocracia", que puede contribuir a la construcción de su capilla, misma que no acaba nunca como su ambición."Acreditadísimo

²⁶ Rafael Delgado *Los parientes ricos*, Porrúa, México, 1977.

padre de almas entre las señoras de la aristocracia, a cuya munificente caridad debía bienestar y prosperidades". O el otro cura capitalino (cómplice de guardar el secreto de la muerte de una hermana en París durante una semana, en complicidad con el hermano rico, para no estropear la fiesta que éste último daba a banqueros, políticos y diplomáticos); y que bendecía los negocios confiando en su propio beneficio. Explotadores de la piedad de los ricos que buscan casarse o morir bajo el prestigio de las honras fúnebres en la iglesias como La Profesa, Santa Brígida o el templo del Sagrado Corazón.

Sobra decir que para este autor, la provincia y sus curas son otra cosa. La naturaleza misma, la tranquilidad de la ciudad, la tradición, las buenas costumbres, todo favorable para hacer buenos cristianos y su cura sencillo y caritativo es el mejor ejemplo.

2. MEDIOS DE TRANSMISIÓN DEL DISCURSO SECULAR

La escuela, la prensa y los rituales cívicos con sus discursos conmemorativos y sus festividades populares constituyeron medios claves de difusión de las ideologías liberal y positivista, así como de valores seculares.

ESCUELAS

La importancia dada a la educación para transformar a la sociedad estaba muy presente en los hombres de la Ilustración e incluso antes, y es una convicción compartida por todas las elites gobernantes de México en el siglo XIX, conservadoras o liberales. La educación en el porfiriato fue considerada como un eje central en la historia del pen-

samiento liberal, la panacea para formar ciudadanos y alcanzar la felicidad y el progreso del individuo y del país. Del ideal a la realidad hay una gran distancia, pero los logros alcanzados fueron, no obstante, significativos.

El proceso de centralización y fortalecimiento del estado nacional pasó desde luego por el campo de la educación. Se amplió el poder de la federación en este campo, restringiendo severamente el control y los recursos de los municipios; se homogeneizaron planes y programas de estudio; y se procuró contar con un número creciente de maestros formados en sus normales.

Se trataba de establecer a través de la educación una relación directa entre ciudadanos y gobierno, sin la intromisión de organismos intermedios como la Iglesia católica, que por siglos fue reina prácticamente sin rivales, en este campo. Ante el sacerdote, la doctrina y los valores asociados a la cultura católica se levanta otro "sacerdote", otra doctrina y otro conjunto de valores de raíz liberal encarnados en el maestro de educación pública.²⁷

El porfiriato heredó la leyes juaristas de instrucción pública de 1867 y 1869 que establecían los principios de una educación obligatoria, gratuita y laica. En 1888 y en la década de 1890, tanto el Distrito Federal como los estados fueron reformando sus leyes de educación pública avanzando en la consecución de dichas premisas. Se había roto ya el monopolio secular de la Iglesia sobre la educación, pero quedaba mucho por hacer.

Los logros en educación fueron muy desiguales. En 1900 el 84% de la población no sabía leer, ni escribir. Los que sabían

²⁷ Ver Milada Bazant *Historia de la educación en el porfiriato*, El Colegio de México, México, 1993.

se concentraban en zonas urbanas, lo cual contribuyó a acentuar diferencias entre campo y ciudad. El DF acaparó el 38% de la población alfabetizada. Alrededor de 80% de las escuelas primarias eran oficiales y atendían un porcentaje similar de la población. Un 20% privadas incluían a las confesionales.²⁸

Cada vez más se asume un concepto integral de educación que rebasa la mera instrucción y se concibe como la vía para crear una cultura cívica y un sentimiento de unidad nacional. De ahí los esfuerzos por homogeneizar contenidos para avanzar en el proyecto de integración nacional. La influencia del positivismo es clara en el diseño de planes de estudio, formación de profesionistas, maestros y estudiantes, y a través de ellos en la administración pública, pero se combinó con el liberalismo que no dejó de estar presente en todos los frentes. El pensamiento positivista europeo- de por sí complejo y heterogéneo no es adaptado mecánicamente a la realidad mexicana, sino refuncionalizado por sus promotores y representantes en el país.

El laicismo fue obligatorio sólo para la escuela oficial. La libertad de conciencia y de cultos consagrada por la Constitución de 1857 y las posteriores leyes de Reforma obligaban a respetar fuera de la esfera oficial, las decisiones de los padres sobre la educación de los hijos.

Se dio gran importancia a la formación de una elite cultural moderna, liberal y positivista como vanguardia intelectual en la transformación de mentalidades antiguas hacia la nueva imagen del hombre y del mundo. La educación superior vivió una época de oro con la presencia de la Escuela Nacional Preparatoria en la ciudad de México. La capital reunía hacia 1900 a casi

la mitad de los preparatorianos del país. Por otro lado el fortalecimiento de la Iglesia católica llevó aparejado un desarrollo cuantitativo y cualitativo de la educación superior impartida en los seminarios diocesanos, que incluían escuelas secundarias y preparatorias, así como los colegios jesuitas.

La elite porfirista mantuvo una actitud ambivalente frente a la Iglesia y la religión. Por un lado un sector en el gobierno instrumentó un proyecto de secularización en la educación e impulsó una visión racionalista y científica del mundo. Una verdadera educación sostenía el discurso oficial, sólo podía ser liberal. Se acusaba a la Iglesia de favorecer la ignorancia y se llegaba a calificar a la educación religiosa de criminal, porque enseñaba dogmas que contribuían a humillar y esclavizar al pensamiento, entre ellos la falsedad sobre el origen de la especie humana. La libertad sostenían todos los liberales, exigía la educación laica que permitía el libre examen y formaba ciudadanos honrados y patriotas, y alejaba del error. También todos ellos criticaban las manifestaciones de religiosidad popular.

A través de la educación escolarizada y cívica el régimen de Díaz, construye y promueve su visión de la historia, referencia a su vez de reglas y modelos de conducta. La historia de la nación se convierte, en cierto sentido, en historia sagrada con la función de conformar una visión común del pasado, la creación de mitos y símbolos unificadores y un proyecto de futuro. Se promueve la difusión de la visión de la historia en clave liberal. El Catecismo de Historia Patria de Justo Sierra es resultado de ese interés y de la importancia de utilizar un lenguaje de símbolos conocidos para proyectar nuevos significados.

En palabras de Sierra los ideales son los que posibilitan "no se que conjunto miste-

²⁸ Ver Françoise Xavier Guerra, *op. cit.*

rioso, religioso, divino...para poner frente a una bandera religiosa, otra; frente a unos dogmas santos, otros, santos también; frente a una fe, la fe nueva; frente a la necesidad de las almas de buscar el cielo, conducidas por la luz de la Iglesia, la necesidad de los hombres de realizar el progreso y conquistar el porvenir”.²⁹

Por otro lado a nivel de la cotidianidad y la vida familiar, los valores, normas y costumbres de la cultura católica muestran una capacidad de permanencia y resistencia de lo más consistentes. De ahí que en la prensa católicas de denuncia la hipocresía de los funcionarios públicos, “comecuras” con escapularios en el pecho. Si bien la Iglesia católica se ha “reconciliado” con el estado por consideraciones pragmáticas y ha cosechado frutos, no ha dejado de ver en el liberalismo un enemigo a vencer y la principal causa de la degeneración moral de la sociedad. De ahí que consideran prioritaria la educación del pueblo católico.³⁰

Los católicos militantes sentían como un deber sagrado la crítica demoledora, reiterativa y permanente a la educación laica y la defensa a ultranza de la educación religiosa, que a su juicio debía contar con todo el apoyo político y económico del estado; y obviamente no limitarse a la educación privada. No solo por la salvación de las almas, sino incluso por el mentado progreso; pues desde su perspectiva la educación religiosa estaba inexorablemente ligada con la moral y la ética. A través de la educación

²⁹ Justo Sierra *La evolución política del pueblo mexicano, Obras Completas*, UNAM, México, p. 283.

³⁰ Esta temática ocupa un espacio privilegiado y reiterativo en la prensa católica como *La Voz de México, El Tiempo y El País*. Ver: Nora Pérez-Rayón, México 1900, *Percepciones y valores en la gran prensa capitalina*, Porrúa, UAM, México, 2001.

laica –clamaba airada la prensa católica– la inmoralidad y la incredulidad estaban matando las costumbres y la fe.

La desmoralización de la sociedad fue considerada el principal problema de fin de siglo, consecuencia directa del liberalismo, sus escuelas, su prensa, sus leyes y espectáculos, que expulsaron a Dios y a la religión de la vida cotidiana; y la responsable de la desmoralización: el avance de los vicios como el alcoholismo, el juego, la prostitución, la pornografía, y la multiplicación de los suicidios.

No se toma en cuenta la incongruencia de atribuir tan gran poder maléfico a la educación en un país donde aun en la gran ciudad capital la mayoría de los niños no iban a la escuela y de los que iban una parte asistía a escuelas católicas. Otra contradicción en la que caen es por un lado mostrar una sociedad finisecular degenerada moralmente, y por el otro congratularse reiteradamente de la fe y el fervor guadalupano de millones de católicos fieles a la iglesia en México.

PRENSA

La ciudad de México concentraba el mayor número de publicaciones periódicas. Si bien la tasa de analfabetismo andaba en el país en un 80%, en la capital era menor. Sin embargo por tradición de lectura oral y sociabilidad se compartían la información y los debates. Gran cantidad de diarios liberales oficiales y críticos impulsaban el proyecto cultural modernizante y secularizador con diferentes matices.³¹

³¹ Entre los primeros, *El Imparcial* y entre los segundos, *El Diario del Hogar*. Ver N. Pérez-Rayón *op. cit.* y Clara Guadalupe García *El Imparcial, Primer*

Coinciden en destacar la importancia de la educación; en la defensa de la laicidad; en la mitificación de la ciencia; en difundir el ideal de progreso; en la promoción de valores individualistas y la difusión de la historia oficial liberal. Asumen también una función pedagógica y moralista en relación con la salud (vacunas, doctores, medicinas), la higiene (habitación, vestimentas, animales), el trabajo (condena la vagancia y "el San lunes"), la puntualidad, la sobriedad (emprenden una crítica al alcoholismo y sobre todo al pulque como causas de la violencia y el crimen); campañas contra la pornografía (estampas en cajetillas de cigarrillos); denuncian las tragedias a las que conducen los juegos de azar; y condenan la prostitución. Aun cuando el ideal femenino predominante sea el tradicional se empieza a promover la incorporación de la mujer al mundo del trabajo (para las mujeres de clase media como medio para mejorar un ingreso familiar insuficiente).

La prensa liberal de oposición representante de los liberales ortodoxos, puros o jacobinos si bien comparte estas premisas se distingue por su anticlericalismo y por sus críticas al régimen porfirista con un discurso que exige el cabal cumplimiento de la Constitución liberal de 1857 y las leyes de Reforma y la democracia.

El tema de la ciencia es particularmente vulgarizado por los diarios capitalinos. Esa ciencia se presentaba como una especie de nuevo dios, capaz de perforar istmos, escalar las más altas montañas, tender puentes de acero sobre los abismos, iluminar al mundo, acortar distancias, abatir epidemias y descubrir procedimientos para hacer cre-

cer a los chaparros o arrancar a los moribundos de los brazos de la muerte. Esa ciencia entraba en los hogares a través del periódico y la publicidad (que cubre una cuarta parte de los periódicos); sus avances se conversaban aquí y allá y un futuro de progreso parecía estar al alcance de la mano. Las potencialidades reales e imaginarias que le atribuyen van configurando una mentalidad o espíritu abierto y optimista frente al futuro de la humanidad, por lo menos en ciertos sectores de la sociedad.

El hombre común clase mediero urbano compartía ese entusiasmo por las capacidades de las ciencias, que no era sólo un lenguaje distante sino que se traducía en mejoras en su cotidianidad o expectativas de futuro. Ello se advierte en la publicidad que igual garantizaba la cura de todo tipo de dolencias y enfermedades en tiempos record, te permitía tener un cuerpo seductor con un corsé parisino y si eras chaparro te anunciaban que ya había un método para crecer, o te ofrecía máquinas de coser, molinos de nixtamal, cámaras de fotografía o mesas de billar.

No obstante algunas voces revelan ya escepticismo y temor sobre las consecuencias de ese mundo científico y tecnológico.

RITUALES Y FIESTAS CÍVICAS

Las fiestas conmemorativas de eventos fundacionales, tales como la independencia o la reforma liberal de mediados de siglo, que se celebran en espacios públicos de la capital con verbenas populares, desfiles, discursos y poemas; o la imposición de una nomenclatura a calles y plazas y la promoción de una estatuaría pública, proporcionan a la sociedad una simbología laica que le facilitara la identificación con mitos

diario moderno de México (1896-1914), Centro de Estudios Históricos del Porfiriato, A. C. México, 2003.

y héroes no religiosos. La prensa hace eco a dichos eventos consagrando páginas enteras a difundirlos.

La educación informal se desarrolla fuera de los espacios escolares y una de sus principales modalidades la constituían los rituales y fiestas cívicas. Las festividades públicas constituyen un importante espacio de sociabilidad e intercambio de información, y son eventos muy concurridos por miembros de todas las clases sociales.³²

La Iglesia por siglos había detentado el monopolio de las diversiones, otrora eran las fiestas religiosas (del santo patrón del pueblo, de la Virgen, la Semana Santa) las únicas oportunidades de esparcimiento popular, motivo de convivencia, cohesión, integración, etc. La población seguía celebrando desde luego, numerosas fiestas religiosas a lo largo del año. Ni las leyes de Reforma, ni la modernización porfirista, ni la influencia del positivismo con su culto a la ciencia y la razón afectó significativamente la religiosidad popular.

Las conmemoraciones cívicas, los desfiles alegóricos y los concursos poéticos y florales, la promoción de ferias estatales nacionales e internacionales integran toda una estrategia secularizadora y promotora de nuevas solidaridades. Con las fiestas públicas seculares, las elites dirigentes porfiristas buscan educar, integrar y estimular el sentimiento de pertenencia a una colectividad, la nación, la patria y su identificación con el estado. El público que participa en ellas, no sólo es testigo sino actor, y celebrar es uno de los pocos derechos cívicos con los que cuenta y un medio para expresar valores, aspiraciones y resentimien-

tos. Las celebraciones refuerzan la solidaridad social y redistribuyen riqueza. Las festividades cívicas pasan a formar parte de la de la cotidianidad, año con año se esperan ansiosas para disfrutar los juegos pirotécnicos o los antojitos culinarios.

Con la modernidad se advierte un mayor interés del estado por el control de los espacios públicos. En aras del orden y la tranquilidad se manifiesta una tendencia a limitar o reglamentar los eventos populares espontáneos, por ejemplo la quema de Judas en Semana Santa que se va a prohibir en el centro de la ciudad. Cada vez se impulsan más eventos y desfiles controlados en parques y avenidas previamente establecidas y con un orden anticipado.³³

Las fiestas cívicas que se celebran con mayor entusiasmo popular son, en primer lugar, las que tienen que ver con el movimiento de independencia el 15 y 16 de septiembre; pero también se conmemoran los aniversarios de Juárez y los triunfos del ejército mexicano contra la invasión francesa. El régimen las organiza y destina una parte de su presupuesto a financiarlas. Al margen de las festividades oficiales se organizan también eventos no oficiales.

Cabe recordar que en las fiestas públicas se rompen ciertas barreras sociales y reina un ambiente de igualitarismo, en un escenario engalanado para todos. El centro de la ciudad de México se adorna para las fiestas conmemorativas de la independencia con banderas nacionales y extranjeras, enarboladas en edificios públicos, casas comerciales y embajadas. Colgaduras tricolores y adornos florales abundan en las calles de Plateros y San Francisco. En

³² Ver William H. Beezley y David E. Lorey (Eds) *iViva México! iViva la Independencia! Celebrations of September 16, USA*, Scholarly Resources Inc., 2001.

³³ William Beezley *Judas in the Jockey Club*, University of Nebraska, 1987.

toda la ciudad la noche del 15 se multiplicaban los adornos luminosos. A las 8 de la noche la Plaza de Armas nos dice la crónica, se asemejaba a una verdadera ascua de oro, parecía un surtidor inmenso de luces multicolores; en el atrio de la catedral se disparaban multitud de cohetes; los juegos pirotécnicos iluminaban la noche.

Los testimonios indican que las fiestas eran muy concurridas: en todos los paseos públicos, había un desfile incesante de carruajes, la gente iba y venía como verdadera oleada humana y de las estaciones desembarcaban innumerables forasteros, muchos de los cuales tenían que pasar la noche recorriendo las calles porque los hoteles, mesones y posadas estaban llenos.

El régimen porfirista frente a una sociedad profundamente desigual en términos socioeconómicos y culturales, y ante un modelo de desarrollo con altos costos sociales, tuvo necesariamente que mantener, imaginar y construir los referentes simbólicos a través de los cuales se identificaran los diferentes grupos étnicos y sociales. Una redefinición colectiva implica referentes o ideales vagos y difusos que posibiliten la identificación general de grupos humanos altamente diferenciados. Los rituales de carácter cívico pretenden legitimar el *status quo* y cohesionar un mundo multicultural.

Pero de la elaboración de un discurso con pretensiones hegemónicas, a su asimilación por los sujetos a quien va dirigido, el tránsito no es automático. En la interiorización intervienen múltiples factores, promotores del establecimiento de prácticas concretas en las que se cristalizan esos discursos.³⁴ La familia, la escuela, las festivi-

dades tradicionales, las lecturas y relatos orales, la prensa son vehículos para la interiorización del discurso identitario y de ellos se vale también el Estado.

Los análisis de discursos cívicos y fiestas proporcionan oportunidades para comprobar que estas representaciones a la vez que contribuían a afianzar las estructuras políticas, proporcionaban también oportunidades para desafiar al sistema. Por ejemplo en las fiestas del 15 de septiembre no faltaban incidentes como el caso de los cien individuos que se reunieron armados de piedras y palos para arrojarlos contra los carruajes que circulaban en las elegantes avenidas capitalinas, o contra el Restaurant América y la Cantina Número Uno, obligando a la policía montada a intervenir con sus sables y a fuerza de cintarazos disolver aquella turba.

Por último, además de las fiestas cívicas, las élites y los sectores medios capitalinas, y ocasionalmente los artesanos tenían a su disposición toda una gama de espectáculos nacionales y extranjeros: el cine, el teatro y las tandas, la ópera, la zarzuela que les abrían nuevos horizontes. Nuevas formas de entretenimiento hacen su aparición como la pasión por las bicicletas combinando ejercicio, naturaleza y salud.

3. NUEVAS FORMAS DE SOCIABILIDAD Y LA PRESENCIA DEL ANTICLERICALISMO

A lo largo del siglo XIX las redes parroquiales con sus organizaciones espirituales masculinas y femeninas, sus cofradías, sus mutualistas y asociaciones obreras, etc. integraban

³⁴ Ver Eduardo Nivón y Paz Xóchitl Ramírez "Identidad, nación y reforma del estado en México", Béjar, Raúl y Rosales, Héctor (coordinadores) *La identi-*

dad nacional mexicana como problema político y cultural. Los desafíos de la pluralidad, CRIM, UNAM, México, 2002.

y cohesionaban a amplios sectores sociales. El crecimiento económico, la urbanización, la movilidad llevaron al desarrollo de nuevos tipos de organizaciones o a su refuncionalización en nuevos contextos. Las redes parroquiales se debilitan en la capital, como fuentes únicas de sociabilidad para amplios estratos de la población.

En la última década del porfiriato se multiplicaron los clubes liberales agrupando liberales históricos desagregados e inconformes con el régimen, conocidos como jacobinos, para diferenciarlos de los liberales en el gobierno (científicos o reyistas). A estos clubes se sumaron logias masónicas, iglesias protestantes, círculos espiritistas. Al acercarse 1910 aparecen también partidos políticos que tendrían que definirse frente a las relaciones Iglesia Estado. La concentración urbana favoreció este tipo de sociabilidades individualistas y voluntarias. Pero también un pasado compartido de luchas en frentes liberales, que se remontaba al menos a mediados de siglo, y que había cimentado alianzas y solidaridades entre familias y pueblos, entre caciques y caudillos, que se preciaban y orgullecían de su liberalismo.

Un discurso compartido entre un buen número de estas organizaciones fue el anticlericalismo, manifiesto en su demanda por el cumplimiento de las leyes de Reforma, sus críticas a la política de conciliación y los abusos del clericalismo, su denuncia de un clero mercantilista, inmoral y lujurioso; sus críticas a la religiosidad popular que identificaban con el fanatismo y la ignorancia; y ocasionalmente su descalificación del pensamiento religioso sus dogmas, creencias, ritos y devociones.

Maestros, periodistas, abogados, médicos, farmacéuticos, artesanos, obreros, literatos que conformaban en la capital, y

en las ciudades de provincia, estas nuevas asociaciones con frecuencia estaban vinculados. Eran liberales y masones o protestantes y masones o liberales y protestantes o católicos y espiritistas. La mayoría eran anticlericales pero creyentes; sólo una minoría era anticlerical y antirreligioso, agnóstico o ateo. La prensa era un canal privilegiado para expresar sus opiniones; las fiestas cívicas ofrecían también oportunidades de hablar en las plazas públicas o en recintos privados y exponer sus puntos de vista.

En los aniversarios de la muerte o el nacimiento de Juárez encontramos ejemplos de poemas y discursos plagados de este anticlericalismo, ya que Don Benito se fue convirtiendo en el símbolo del México liberal y laico para unos, y el antihéroe enemigo de la Iglesia y la religión para otros. En estas ocasiones se reconoce, año con año, en Benito Juárez, un conjunto de virtudes personales, cívicas y políticas que lo colocaban como defensor de la libertad, de la Constitución de 1857 y del monumento inmortal de las leyes de Reforma, el símbolo del México laico.³⁵

El discurso de estos liberales estaba imbuído de un lenguaje y referentes religiosos para denostar a su enemigo el clericalismo o la Iglesia católica a quien hacían la principal responsable de todos los males que aquejaban al país.

Un argumento esgrimido por el liberalismo ortodoxo es la acusación a la Iglesia de traición a la Patria por su apoyo al proyecto imperial. El género poético era muy popular. Miguel Bolaños Cacho es elocuente:

³⁵ N. Pérez -Rayón "La modernidad y sus mitos : Juárez el benemérito", en A. Salmerón y E. Pani *Conceptuar lo que se ve, Francois Xavier Guerra. Homenaje*, Instituto Mora, México, 2004.

Quién pensara en mirar la noble infancia
 –Que fueras tu patriota immaculado,–
 Quien humillara al clero y su arrogancia,–
 Quién venciera a las águilas de Francia-
 Y levantara nuestro honor salvado-
 ¿Quién te puede ultrajar? Ah Solamente-
 Esa fracción a quien venciste un día.-
 La facción clerical y delincuente-Que
 hunde en el polvo la cobarde frente,-
 Traidora eterna de la Patria mía.³⁶

La prensa liberal crítica denuncia a los sacerdotes como “sátiros ensotados” que utilizan la confesión para seducir a las mujeres y dan cuenta de comportamientos lujuriosos e hijos ilegítimos; reseñan ejemplos donde los curas se valen de la ignorancia del pueblo para estafarlo y denuncian sus traiciones al espíritu cristiano original.

La principal amenaza, a juicio de la prensa católica a la nacionalidad mexicana la constituía la penetración en el país del poder y la cultura anglosajona. Se defiende la herencia hispánica y católica, así como su guadalupanismo y critica la actitud complaciente ante la penetración del protestantismo. Los liberales anticlericales por el contrario defenderán la libertad de cultos y denuncian los ataques que sufren las minorías protestantes.

REFLEXIONES

Un sistema político autoritario había logrado centralizar el poder en alto grado y consolidar al Estado nacional. Se enorgullecía de haber propiciado un crecimiento económico notable, avalado por cifras y porcentajes. Si bien la economía recibió un fuerte estímulo del capital extranjero y privilegió al sector agrominero exportador, desarro-

³⁶ El *Diario del Hogar*, marzo 1906. M-A.

llo también las bases para una economía capitalista nacional, promoviendo la comercialización y la relativa expansión del mercado interno, expansión de bienes pero también de ideas y valores. Las élites económicas con base en las diferentes regiones del país entraban con más frecuencia en contacto con las elites capitalinas y con el exterior, conformaban entre todos un mundo social que cabalgaba entre la tradición y la modernidad.

La capital ejerció su influencia política, económica y social, pero también cultural y secular sobre la provincia: pero también los capitalinos conocieron un poco más de la república a través de la inmigración interna temporal o definitiva. Y a sus mismos vecinos de los entornos que venían a pasar el domingo de las distintas modalidades al centro de su capital.

El contexto internacional y nacional posibilitó la instrumentación de un proyecto de modernización que había sido el sueño de varias generaciones políticas. Finalmente el régimen de Díaz se preciaba de haber incorporado a México a la cultura occidental y a ser parte de la civilización que ubicaba en Europa y los Estados Unidos. El modelo de ciudad con la que soñaron era París y se esforzaron porque se pareciera a la ciudad luz y como lo importante no era nada más ser, sino parecer, utilizaron los medios a su alcance para proyectarla y exhibirla.

Como hemos visto el secularismo avanzó en la configuración del espacio urbano con referentes no confesionales, en la conquista de espacios educativos y culturales no confesionales, en la promoción de identidades imbuidas de valores seculares, en organizaciones modernas. Sin embargo, en este contexto la Iglesia católica recuperó presencia y poder durante el porfiriato. La política de conciliación contribuyó mu-

cho, pero el contexto eclesiástico internacional también. Avanzó la secularización pero la presencia de la Iglesia en la sociedad y la cultura siguió siendo muy fuerte.

La Revolución Mexicana tuvo una fuerte corriente anticlerical y una facción más reducida franca y agresivamente antirreligiosa. Ello condujo a la Constitución de 1917 a adoptar una legislación que, en lo que concierne a la Iglesia, estableció uno de los regímenes jurídicos más radicalmente anticlerical. Se niega personalidad jurídica a la Iglesia, se le prohibía intervenir en el campo educativo, se le niega el derecho a poseer bienes raíces, se les niega el voto activo o pasivo. Se trataba no sólo de controlar a la Iglesia, sino de subordinarla al Estado.

El anticlericalismo postrevolucionario tiene orígenes inmediatos en el porfiriato. Los anticlericales se formaron en sus escuelas y en sus ambientes. La realidad y percepción de un Estado débil en las dos primeras décadas que siguieron a la promulgación de la Constitución de 1917 llevaron a contemplar la fuerza recuperada de la Iglesia durante el porfiriato como una amenaza, desde la perspectiva de ciertos líderes revolucionarios y sobre todo de aquellos que dominaban al aparato estatal.

BIBLIOGRAFÍA

- ADAME, Jorge *El pensamiento político y social de los católicos mexicanos (1867-1914)*, UNAM, México, 1981.
- AGOSTONI Claudia y Elisa SPECKMANN (eds.) *Modernidad, tradición y alteridad. La Ciudad de México en el cambio de siglo (XIX-XX)*, UNAM, México, 2001.
- BASTIEN, Jean Pierre (coord.) *La modernité religieuse en perspective comparée*, Kharthala, Paris, 2001.
- BAZANT, Milada *Historia de la educación en el porfiriato*, El Colegio de México, México, 1993.
- BEEZLEY, William H. y David E. Lorey (eds) *¡Viva México! ¡Viva la Independencia! Celebrations of september 16*, Scholarly Resources Inc., USA, 2001.
- BEEZLEY, William *Judas in the Jockey Club*, University of Nebraska, 1987.
- CEBALLOS, Manuel *El catolicismo social: un tercero en discordia*, El Colegio de México, México, 1991.
- DELGADO, Rafael *Los parientes ricos*, Porrúa, México, 1977.
- FERNÁNDEZ, Federico "Lectura de una geometría de la sensibilidad. Urbanismo francés y mexicano de los siglos XVIII y XIX" en J. Pérez Sillery C. Cramaussel (coords), *México Francia: Memoria de una sensibilidad común, Siglos XIX-XX*, BUAP-El Colegio de Michoacán, México, 2004, pp. 133-158.
- GARCÍA, Clara Guadalupe *El Imparcial, Primer diario moderno de México (1896-1914)*, Centro de Estudios Históricos del Porfiriato A.C., México, 2003.
- GARNER, Paul *Porfirio Díaz. Del héroe al dictador, una biografía política*, Planeta, México, 2003.
- GUERRA, Francois Xavier "La Revolución Mexicana en una perspectiva secular: las mutaciones del liberalismo", en Leticia Reyna y Elisa Serván (coords.), *Las mutaciones del liberalismo. México: historias de fin de siglo*, CONACULTA-INAH Taurus, México, 2001.
- HARGROVE, June "Les statues de Paris «, en Pierre Nora (dir.), *Les lieux de memoire*, Vol. II, La Nation, Paris, pp. 243-282.
- LEMPERIERE, Annik "La belle époque en la Ciudad de México" en *Artes de México, Artes de México y el Mundo S.A. de C.V.*, México, No 43, pp. 40-45.

- MONSIVAIS, Carlos *Yo te bendigo vida. Amado Nervio: crónica de vida y obra*, Rayuela, México, 2003, p. 51.
- MORALES, Ma. Dolores "La expansión de la Ciudad de México en el siglo XIX. El caso de los fraccionamientos", en A. Moreno Toscano *et. al Investigaciones sobre la historia de México I*. INAH, México, 1974, p. 402.
- NIVÓN, Eduardo y Paz Xóchitl RAMÍREZ "Identidad, nación y reforma del estado en México", Béjar, Raúl y Rosales, Héctor (coords.) *La identidad nacional mexicana como problema político y cultural. Los desafíos de la pluralidad*, CRIM, UNAM, México, 2002.
- ORTIZ GAITÁN, Julieta "La Ciudad de México durante el porfiriato: el París de América", en Javier Pérez-Siller y Chantal Cramausse (coords.), *México Francia: Memoria de una sensibilidad común*, Siglos XIX-XX, BUAP-El Colegio de Michoacán, México, 2004, pp. 179-198.
- PÉREZ-RAYÓN, Nora "La modernidad y sus mitos : Juárez el benemérito", en A. Salmerón y E. Pani *Conceptuar lo que se ve, Francois Xavier Guerra. Homenaje*, Instituto Mora, México, 2004.
- PÉREZ-RAYÓN, Nora *México 1900. Percepciones y valores en la gran prensa capitalina*, Porrúa-UAM, México, 2001.
- PÉREZ-WALTERS, Patricia "Manía de estatuas: la escultura en el siglo XIX" en *Nuestra Historia, La Gaceta CEHIPO*; Nums. 50-51, agosto 2003.
- SEGURAJAUREGUI, Elena *Arquitectura porfirista. La colonia Juárez*, UAM, México, 1990, p. 37.
- SIERRA, Justo *La evolución política del pueblo mexicano, Obras Completas*, UNAM, México, p. 283.
- TENNENBAUM, Barbara "A streetwise history: The Paseo de la Reforma and the porfirian state (1876-1910)", en Beezley, French y Martin (coords) *Rituals of rule, rituals of resistance, public celebrations and popular culture in Mexico*.
- TENORIO, Mauricio *Artifugio de la nación moderna*, FCE, México, 1998.
- "1910 Mexico City. Space and nation in the city of the Centenario", en Beezley y Loret (eds.), *iViva México! iViva la Independencia! Celebrations of september 16*, Scholarly Resources Inc., USA, 2001, p. 175.
- WEBER, Eugen *France fin de siecle*, Belknap Press, Cambridge Mass. and London, 1986.
- WINOCH, Michel *La belle époque. La France de 1900 a 1914*, Perrin, Paris, 2002.
- ZÁRATE, Verónica "El papel de la escultura conmemorativa en el proceso de construcción nacional y su reflejo en la ciudad de México en el siglo XIX" en *Historia Mexicana*, El Colegio de México, v. 53, núm. 2, 2003.